

EL PAPEL DE LOS MEDIOS EN LAS DEMOCRACIAS DELIBERATIVAS. LOS PELIGROS DE LA POSVERDAD

THE ROLE OF MEDIA IN DELIBERATIVE DEMOCRACIES.
THE DANGERS OF POST-TRUTH*.

Enrique Herreras Maldonado
Universidad de Valencia
Carlota Gómez Herrera
Universidad de Valencia

Resumen: *La posverdad se revela como un elemento que nutre serias amenazas a las democracias contemporáneas. Este artículo busca demarcar tanto la fundamentación de la posverdad como el rol político que ocupa, en el surgimiento de democracias “iliberales”, el auge del populismo, la creciente polarización política y mediática y la influyente presencia de la inteligencia artificial. Se argumenta cómo una de las sendas más pertinentes para dar una respuesta política a este desafío reside en rescatar una de las propuestas de las últimas décadas en el ámbito de la filosofía política. Articular la noción de democracia representativa convencional mediante la adopción de un procedimiento colectivo de toma de decisiones políticas que involucre la participación de aquellos potencialmente afectados. Se presenta este encuadre, fundamentado en el principio de la deliberación, la argumentación y la discusión pública, como una posible vía capaz revitalizar la empresa de configurar una democracia deliberativa para nuestros días.*

* Este artículo es resultado del Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo “Ética cordial y democracia inclusiva en una sociedad tecnologizada” (ETICORDIAL), con referencia PID2022-139000OB-C21, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Agencia Estatal de Innovación.

Palabras clave: *posverdad, democracia deliberativa, medios de comunicación, entornos digitales, redes sociales.*

Abstract: *Post-truth reveals itself as an element that nourishes serious threats to contemporary democracies. This article seeks to delineate both the foundation of post-truth and the political role it plays in the emergence of “illiberal” democracies, the rise of populism, increasing political and media polarization, and the influential presence of artificial intelligence. It argues how one of the most relevant pathways to provide a political response to this challenge lies in rescuing one of the proposals of recent decades in the field of political philosophy. Articulating the notion of conventional representative democracy through the adoption of a collective procedure for political decision-making involving the participation of those potentially affected. This framework, grounded in the principle of deliberation, argumentation, and public discussion, is presented as a possible path capable of revitalizing the endeavor to shape a deliberative democracy for our times.*

Key words: *post-truth, deliberative democracy, media, digital environments, social networks.*

1. INTRODUCCIÓN

Es ya ampliamente conocido que el neologismo *posverdad* alcanzó notoriedad internacional al ser declarado “palabra del año” en 2016 por el Diccionario Oxford. Su consolidación discursiva a la prominencia se vio favorecida por dos acontecimientos geopolíticos de gran resonancia: el referéndum del Brexit en el Reino Unido y las elecciones presidenciales de Estados Unidos que culminaron con la victoria de Donald Trump. Sin embargo, reducir su relevancia a estos episodios sería incurrir en una lectura excesivamente circunstancial. La *posverdad* ha comenzado a delinearse como un componente estructural –y en ciertos casos decisivo– de los procesos electorales contemporáneos y, más ampliamente, del funcionamiento ordinario de las democracias representativas. En el ámbito de la cultura política, esta lógica ha sido tematizada mediante las nociones de *política de la posverdad* o *política posfactual*, ambas utilizadas para describir una modalidad de acción discursiva caracterizada por la primacía de las emociones, las creencias personales y los relatos identitarios.

Así, en el marco de la opinión pública, caracterizado por un desgajamiento entre los procesos electorales y las salvaguardias de las libertades individuales, la *posverdad* encuentra en la manipulación de la verdad un aliado estratégico. La *posverdad* se constituye como un aparato ideológico que, al privilegiar lo emocional sobre lo factual, socava los fundamentos deliberativos y debilita el juicio crítico ciudadano. En tanto aparato ideológico, desestabiliza el principio de veracidad pública y amenaza las libertades que sustentan el orden

democrático, y se vuelve una herramienta eficaz para erosionar desde dentro la legitimidad de las democracias liberales.

La médula del problema radica no tanto en la mera existencia del fenómeno de la posverdad –la presencia de narrativas basadas en percepciones subjetivas o información sesgada–, sino en el riesgo inherente a la depreciación del valor intrínseco de la verdad. Lo preocupante es la amenaza que supone para la integridad del concepto mismo de verdad y su relación con la democracia. Más aún, esta inquietante dinámica se ve agravada por una suerte de “normalización” en la esfera pública, donde la aceptación de versiones distorsionadas de la realidad se convierte en una práctica común.

La posverdad, al ser utilizada de manera estratégica, emerge como una de las nuevas amenazas que enfrentan las democracias liberales-sociales. Si bien la posverdad es una de dichas amenazas, su radiación se extiende más allá al convertirse en un componente del cual también se alimentan otros adversarios, tales como la gestación de lo que se conoce como democracias “iliberales”, caracterizadas por la disociación entre procesos electorales y las libertades fundamentales, el ascenso de movimientos populistas, la intensificación de la polarización tanto en el ámbito político como mediático, donde las redes desempeñan un papel protagónico o el creciente protagonismo de la inteligencia artificial.

A partir de un análisis del contexto actual, emana la imperativa necesidad de contrarrestar esta circunstancia, que alcanza su cénit en lo que se conoce como “desconsolidación de la democracia”. Tal proceso ha sido ampliamente documentado, entre otros, por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018) en su obra *Cómo mueren las democracias*¹, en la que advierten sobre la lenta y silenciosa erosión de los pilares cimentales de este sistema político. Una de las sendas más pertinentes para dar una respuesta política a este desafío reside en rescatar una de las propuestas más sobresalientes de las últimas décadas en el ámbito de la filosofía política: articular la noción de democracia representativa convencional mediante la adopción de un procedimiento colectivo de toma de decisiones políticas que involucre la participación activa de todos aquellos potencialmente afectados por dichas determinaciones. Este encuadre estaría fundamentado en el principio de la deliberación, el cual implica la argumentación y la discusión pública de las diversas propuestas. En términos concisos, se trata de revitalizar la empresa de configurar una democracia deliberativa² (Benhabib, 1996).

¹ Cf. S. LEVITSKY y D. ZIBLATT, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018.

² Cf. J. BESSETTE, “Deliberative Democracy: The Majority Principle in Republican Government”, en Robert A. GOLDWIN & A. SCHAMBRA (eds.), *How democratic is the Constitution?* Washington DC, AEI Press, 1980, pp. 102-116; J. BESSETTE, *The Mild Voice of Reason: Deliberative Democracy & American National Government*, Chicago, University of Chicago Press, 1994; J. HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1998; J. COHEN, “Procedure and Substance in Deliberative Democracy”, en *Deliberative Democracy: Essays on Reason and Politics*, James Bohman y William Rehg (comps.), Cambridge, MA-London, The MIT Press, 1997, pp. 407-438; J. S. DRYZEK, *Deliberative Democracy and Beyond: Liberals, Critics, Oxford*, Oxford

2. NUEVOS ESCENARIOS Y POSIBILIDADES DE LA DELIBERACIÓN EN LA SOCIEDAD-RED

Una respuesta coherente y alentadora ante la actual crisis de las democracias liberales-sociales es persistir en la defensa de la aspiración a una democracia deliberativa. No en vano, la base de la política, especialmente la parlamentaria, radica en el ejercicio de la palabra –y, en honor a Aristóteles, de la razón–. Este paradigma no solo podría significar una revitalización, destinada a superar la desazón actual en nuestras democracias, sino que también reconecta con los fundamentos mismos de dicha forma de gobierno. Este reencuentro se convierte en un actor protagónico de suma trascendencia y positividad para los medios, dado que, en el transcurso de la deliberación sobre los temas que dan forma y sentido a nuestra realidad, se impone la necesidad de contar con una información confiable. No obstante, va más allá de la mera provisión de datos; aboga por auténticos debates, arraigados en argumentaciones sólidas, truncando la tendencia a construir meros relatos que configuran una narrativa del poder³. La sociedad-red despliega nuevas y promisorias posibilidades para la mencionada deliberación, sin embargo, simultáneamente, transita por sendas contrapuestas; por ello, con o sin redes, es preciso seguir pensando el sentido del modelo deliberativo-comunicativo.

Brecht advirtió, en la década de los 30, que la radio constituía una herramienta sumamente propicia para la democratización de las comunicaciones, al posibilitar que cualquier ciudadano pudiera entablar diálogos sin barreras⁴. Se manifiestan las innegables ventajas que este dispositivo ofrecía para facilitar dicha comunicación, siempre y cuando se persiguiera esa utilidad específica y no otra. Ahora bien, Brecht experimentó, de manera análoga a Benjamin con el cine, el descubrimiento prematuro de que este espléndido invento podría desviarse hacia otros derroteros ajenos al interés público. El mercantilismo y la politización se perfilan como algunas de esas ramificaciones, continuando con la metáfora, que han ido proyectándose sobre el interés comunicativo. Este fenómeno se manifiesta de manera palpable en ambos canales de comunicación, ya sea en el periodismo convencional, tanto en su formato impreso como en su versión en línea (sin desestimar el ámbito audiovisual), así como en las redes sociales, aunque con matices diversos.

University Press, 2000; A. GUTMANN & T. DENNIS, *Democracy and Disagreement: Why Moral Conflict Cannot Be Avoided in Politics, and what Should Be Done about It*, Cambridge, Ma-London, Harvard University Press, 1996; J. FISHKIN, *The Voice of the People: Public Opinion and Democracy*, New Haven, CT, Yale University Press, 1995; S. BENHABIB, "Toward a Deliberative Model of Democratic Legitimacy", en *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*, S. Benhabib (ed.), Princeton, NJ, Princeton University Press, 1996, pp. 67-94

³ Orlando J D'ADAMO y V. GARCÍA BEAUDOUX, "Comunicación política y campañas electorales: análisis de una herramienta comunicacional: el spot televisivo", en *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial* 2 (2006) 81-111.

⁴ Cf. B. BRECHT, *Écrits sur la littérature et l'art. Tome 1, Travaux 7 : Sur le cinéma, précédé de Extraits des carnets; Sur l'art ancien et l'art nouveau; Sur la critique; Théorie de la radio*, Paris, L'Arche, 1970.

En la contemporaneidad, en lo que se denomina la era de la información, se busca destacar también los aspectos positivos de las redes. Uno de ellos, que aparece de manera prácticamente espontánea, es la facilitación de un incremento en las oportunidades para expresar opiniones y entablar diálogos, además de proporcionar una cantidad de información que resultaría inimaginable tan solo unos años antes del hiperacelerón digital.

Las redes sociales requieren una atención especial, ya que su creciente protagonismo en esta esfera demanda un espacio de reflexión específico⁵. Diversos autores han profundizado en este asunto con el fin de analizar la posibilidad de que todas estas dinámicas puedan revitalizar la vida democrática. Dos ejemplos serían el papel de las redes sociales en impulsar movimientos sociales como el 15-M o la Primavera Árabe, ambos motivados por la búsqueda de una renovación democrática. En lo que respecta a este punto, Castells (2009) introduce la noción de “contrapoderes”⁶ para referirse a las dinámicas de resistencia ciudadana mediadas por redes digitales, mientras que Keane (2009) plantea el concepto de “democracia monitorizada” como forma emergente de fiscalización desde la sociedad civil⁷. A esto, podemos agregar la utilización de las redes para expresar la indignación frente a una democracia que se debilita debido a las acciones de la política tradicional. En esta dirección, Aznar (2014) teoriza sobre el impacto estructurante de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), las cuales habrían detonado una mutación paradigmática en la morfología social, alumbrando lo que denomina la Sociedad-red: un nuevo ecosistema comunicativo caracterizado por la horizontalidad, la interactividad y la descentralización. Esta transformación sociodigital ha provocado un cambio sustancial en el significado de la sociedad de masas. Aznar sugiere que esta nueva estructura social tiene el potencial de enriquecer un modelo democrático que, en su opinión, está volviéndose obsoleto, principalmente debido a su incapacidad para cumplir con las expectativas de la ciudadanía. De ahí que incida en la necesidad de una representación más efectiva y en la promoción de una participación auténtica de los ciudadanos. Internet, según esta teoría, ha derivado de nuevo la atención a esos muchos para romper ya claramente con esas teorías elitistas tan unidas a este concepto y dar cuenta de una nueva relación entre sujetos y multitudes, ahora considerados como “inteligentes”⁸. La autocomunicación posibilita la generación de

⁵ Cf. G. VELASCO, “¿Se ha degenerado el espacio público? La filosofía frente a la polarización”, en *Filosofía & co*, 8 (2024), p. 7.

⁶ Cf. M. CASTELLS, *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza, 2009.

⁷ Cf. J. KEANE, *The life and death of democracy*, New York, Simon & Schuster, 2009.

⁸ Cf. H. AZNAR, “De masas a públicos: ¿cambios hacia una democracia deliberativa?”, en H. AZNAR y J. PÉREZ LLAVADOR (eds.), *De la democracia de masas a la democracia deliberativa*, Madrid, Ariel, 2014, p. 13.

mensajes, significados y valores alternativos, que pueden derivar en cambios específicos en las relaciones de poder⁹.

De este modo, Aznar aboga por una revitalización de una democracia deliberativa y propone una alternativa a las actuales crisis que aquejan a la democracia liberal, argumentando que las nuevas TIC ofrecen una oportunidad inédita para la renovación de la ciudadanía y la vida democrática e, incluso, una fuente renovada de expectativas utópicas de mejora universal que ya casi habíamos olvidado¹⁰. Esta nueva dinámica se adapta de manera favorable a la democracia deliberativa, la cual las redes pueden transformar en un fenómeno cosmopolita. Sus hipótesis son certeras: las redes generan esperanzadoras expectativas, propician un mayor grado de debate y deliberación. Sin embargo, sería pertinente agregar que el medio abre puertas, siempre y cuando aquellos que están detrás de ellas las abran o las utilicen para sus propios intereses. Estos intereses pertenecen al mundo empresarial globalizado y digitalizado, que facilita el fortalecimiento de un oligopolio conformado por un reducido número de empresas que ejercen un control significativo sobre gran parte de la red global de medios. Castells añadiría que el crecimiento y la prosperidad de las redes de medios de comunicación no solo se fundamentan en su capacidad para expandir su mercado y redes de proveedores, sino también en su habilidad para establecer conexiones cruciales con otras esferas de la economía, la política y la sociedad en general¹¹. Por ello, el predominio de la autocomunicación de las masas presupone la necesidad de examinar detenidamente qué implica verdaderamente una democracia deliberativa, ya que no está claro que la situación mencionada, esta posibilidad de comunicación global, tenga inherentemente un carácter deliberativo.

La democracia deliberativa representa un avance más en comparación con el modelo de democracia participativa, contraponiéndose al elitismo previamente mencionado que enfatizaba la supuesta incapacidad de los ciudadanos para comprender y gestionar los asuntos públicos. En contraposición, los defensores de una democracia participativa, en línea con la tradición desarrollista, enfatizan la importancia de la participación ciudadana, para lo que es indispensable la implicación en las esferas sociales y la asunción de la democracia como una “forma de vida”. Contra la ambigüedad inherente a la democracia participativa, la democracia deliberativa representa un estadio evolutivo. Según Habermas, en la actualidad, la legitimidad democrática ya no puede fundarse en la mera agregación de voluntades individuales – el modelo de la “voluntad de todos” –, sino que debe derivarse del carácter inclusivo, racional y público del proceso deliberativo —la “deliberación de

⁹ Cf. M. FOUCAULT, *Microfísica del poder*, Buenos Aires-México-Madrid, Siglo XXI, 2022.

¹⁰ Cf. H. AZNAR, *op. cit.*, p. 15.

¹¹ Cf. M. CASTELLS, *op. cit.*, p. 144.

todos”¹². La fuente de legitimidad, en el marco deliberativo, reside en el proceso mismo de formación de esa voluntad a través de la deliberación pública. Es, por tanto, el procedimiento discursivo —y no la agregación mecánica de preferencias— el que confiere validez normativa a las decisiones colectivas. La necesidad de este enfoque también surge como respuesta al descontento con el modelo de democracia vigente, que ya se manifestaba a través de una creciente desafección política y que, en los últimos años, ha cobrado mayor visibilidad a través de las movilizaciones ciudadanas. Entre las demandas de esta ciudadanía, además de medidas específicas de diversos tipos, se encuentra la aspiración a contar con más oportunidades de participación. Esta solicitud ya era evidente en los grupos más comprometidos, como los nuevos movimientos sociales, ONG y diversos colectivos reivindicativos. Sin embargo, en la actualidad, esta demanda se ha extendido a una porción mucho más amplia de la sociedad, generando así una creciente necesidad de espacios de deliberación.

En este nuevo escenario, la demanda de instancias participativas efectivas, no meramente consultivas ni instrumentales, que activen formas de implicación ciudadana dotadas de agencia real se vuelve necesaria, y la democracia deliberativa, formulada en las últimas décadas del siglo XX, se configura así como una propuesta alternativa frente al modelo hegemónico de la democracia de masas, frecuentemente caracterizado por su sesgo elitista o su reduccionismo agregativo. Su objetivo último no es otro que restaurar —y eventualmente reconstituir— una legitimidad política erosionada, mediante el fortalecimiento de los vínculos discursivos entre ciudadanía y poder.

Según Pérez Zafrilla, la democracia deliberativa representa una síntesis de diversas corrientes de pensamiento que abogan por la deliberación¹³. Este modelo se caracteriza por la participación activa de los ciudadanos, los cuales se comprometen con el bien común, dando por sentado el recurso de dicha deliberación como método de toma de decisiones. Este modo de entender la democracia, ciertamente, podría materializarse con el desarrollo de las tecnologías digitales, ya que, como señala Sampedro, estas tienen el potencial de generar una nueva institucionalidad democrática¹⁴. Sampedro aduce que las “cibermultitudes” pueden inaugurar una esfera pública digital que aún está en proceso de definición. Sin embargo, también reconoce que la democracia digital, aunque propicie una mayor transparencia y participación, plantea el riesgo opuesto: convertirse en la fuente de nuevas formas de autoritarismo

¹² Cf. J. HABERMAS, *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, 1998.

¹³ Cf. P. J. PÉREZ ZAFRILLA, “Génesis y estructura de la democracia deliberativa”, en H. AZNAR y J. PÉREZ LLAVADOR (eds.), *op. cit.*, y, del mismo, *La democracia en cuestión*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

¹⁴ Cf. V. SAMPEDRO, “Democracias de código abierto y cibermultitudes”, en H. AZNAR y J. PÉREZ LLAVADOR (eds.), *op. cit.*

que superen los niveles de control social conocidos hasta ahora. En particular, el uso masivo de *big data* introduce un umbral de opacidad epistémica que complica la rendición de cuentas y desplaza la agencia ciudadana hacia márgenes de irrelevancia funcional. Aún desconocemos con precisión la magnitud del impacto que estas infraestructuras algorítmicas están teniendo sobre las reglas del juego democrático, lo que obliga a repensar los fundamentos mismos de la deliberación en entornos mediados por tecnologías inteligentes y arquitecturas de datos no siempre sometidas a control público.

Es necesario discernir el cambio que ha acontecido en la sociedad de masas, dado que es una opinión cada vez más generalizada que nuestro tiempo histórico está experimentando transformaciones, y que algunos valores previamente considerados positivos, como ya mencionamos, están adoptando connotaciones negativas. Con frecuencia, esto se lleva a cabo por mero pragmatismo o por un escepticismo que se aplica a todo, excepto a uno de sus significados más valiosos: “el que examina cuidadosamente”. No se trata de concebir que el continuismo de los últimos años se ha quebrantado y que debemos aguardar inversiones salvíficas automáticas. Más bien, estamos presenciando el surgimiento de otra realidad. Una realidad que puede encapsularse en el título de la conferencia de W. Fritz Haug: nada es nuevo y todo es diferente.

3. ¿CÓMO SE FORMAN LAS MAYORÍAS? GENEALOGÍA DE LAS MASAS POLÍTICAS

Un primer acercamiento al concepto de *deliberación* se remonta a la antigua Grecia. Concretamente, este término surge en el ámbito de la vida política antes que en la vida personal. En la esfera política griega, de la democracia ateniense, la deliberación representaba una praxis pública clave en la toma de decisiones colectivas, mediante la cual los ciudadanos –reunidos en la *ekklesia*– se implicaban activamente en la construcción de consensos a través del intercambio racional de argumentos. En una vida pública, la democracia proporciona la oportunidad de llevar a cabo actos deliberativos en la asamblea antes de tomar decisiones. Para llevar a cabo esto, parece necesario argumentar los aspectos positivos y negativos de los motivos que respaldan una decisión antes de su adopción, así como reflexionar sobre la racionalidad o falta de ella de los votos antes de emitirlos.

Cuando el núcleo del debate público se orienta a discernir lo justo y lo injusto, el concepto de *deliberación* adquiere su máxima potencia. Esta cobra sentido pleno cuando los participantes son capaces de transitar desde afirmaciones de preferencia individual –“yo quiero”, “me interesa”, “me conviene”– hacia formulaciones colectivas –“queremos un mundo en el que esto sea posible”–. En este desplazamiento del “yo” al “nosotros” se materializa el ideal deliberativo, la formación democrática de una voluntad común orientada por criterios de justicia compartidos.

La democracia deliberativa nos conduce hacia una forma de democracia radical cuyo fundamento reside en la voluntad de los individuos que se reconocen mutuamente el derecho de participar en la toma de decisiones sobre las normas comunes que les afectan. Así, se presenta como incompatible, en términos generales, con una democracia mediática donde la ciudadanía se ve envuelta en un mar de confusión de datos, determinada por el pluralismo semiótico al que abre la posverdad¹⁵ y una abrumadora cantidad de información constante que apenas permite espacio para la reflexión y la deliberación. Es por ello por lo que la pregunta por la posibilidad de la verdad retorna en un escenario social en el que el pluralismo semiótico y la conducción mediática son dos elementos que rigen y ordenan la sociedad actual, sociedad que se caracteriza por la abundancia de información y la omnipresencia de los medios de comunicación como tecnologías de poder¹⁶. La novedad en la idea de deliberación, en comparación con el modelo participativo, radica en su compatibilidad tanto con la democracia representativa como con los derechos de la subjetividad moderna. Al mismo tiempo, satisface las aspiraciones participacionistas de los modelos antiguos, aunque la noción de “democracia directa” se percibe como algo lejano e impracticable en la actualidad.

En relación con la democracia, necesitamos, tal como expresaba Pericles, despertar y preservar el interés ciudadano por la “cosa pública”, concebida como un patrimonio común. El objetivo primordial es transformar el modelo de ciudadanía y de acción política que ha evolucionado en el sistema político actual, con el fin de revitalizar la vida democrática y otorgar al ciudadano un papel más significativo en la toma de decisiones políticas, reavivar la participación consciente de los ciudadanos y fortalecer su conexión con la esfera pública.

Cabría matizar que, aunque la democracia sigue siendo definida en función de la regla de las mayorías –siempre y cuando se respete a la minoría–, el quid de la cuestión no reside únicamente en esas mayorías, sino en el proceso mediante el cual se generan¹⁷. Cortina remarca este hecho al distinguir cuatro modos de conformar las mayorías: la imposición, el agregacionismo o suma de votos, la manipulación de emociones y la deliberación¹⁸. Estos cuatro modos no solo repercuten en la vida política, sino que también influyen en los medios de comunicación, a los cuales se les puede solicitar una postura frente a estos métodos de formar mayorías. En este caso, pueden adquirir un significado similar al ámbito político en cuanto a la búsqueda de votantes y de lectores, espectadores, oyentes y cibernautas. La primera de estas formas no

¹⁵ Cf. C. GÓMEZ HERRERA. “Pluralismo semiótico y conducción mediática. Micropolítica crítica del signo a partir de Foucault”, en A. Dafonte y M. I. Míguez (coords.), *El fenómeno de la desinformación: reflexiones, casos y propuestas*, Madrid, Dykinson, 2023, p. 321.

¹⁶ Cf. *Ibid.*

¹⁷ Cf. J. DEWEY, *La opinión pública y sus problemas*, Madrid, Morata, 2004, p. 30.

¹⁸ Cf. A. CORTINA, “Democracia deliberativa”, *El País*, 24/08/2004.

requiere demasiados comentarios, pues es evidente que la idea de imposición atenta contra el sustrato mismo de la democracia.

En segundo lugar, el agregacionismo se fundamenta en una concepción del ciudadano como un sujeto preocupado únicamente por sus preferencias e intereses privados. En esta visión, respaldada por la tradición liberal, el punto de partida de la política son esos intereses y preferencias que ya vienen dados: el pueblo no es un conjunto de personas que aspira a llevar a cabo proyectos comunes, sino una agregación de individuos atomizados, cuyas preferencias deben armonizarse mediante la suma de votos. Precisamente, la actual polarización se alimenta del radicalismo característico de esta posición. Si bien, como hemos observado, la polarización nace de las élites políticas, hay un hilo conductor en los medios, que también juegan vigorosamente a este peligroso juego. Su influencia y expansión es preponderante en la medida en que los medios son categóricos en la modelación de mentes y edificación de significado¹⁹.

Gobiernos, partidos o líderes sociales procuran incidir en el contenido de los medios, construyendo una sinfonía de noticias y declaraciones que obliguen a prestarles atención, convirtiendo la política mediática en un fenómeno diario y constante. Esta política requiere contar con la resonancia de los medios, aunque también es posible buscar una comunicación directa sin recurrir a intermediarios como los medios tradicionales. Esto ya se ha llevado a cabo, como demostró de manera amplia el expresidente Trump con su estrategia de mensajes en Twitter.

La política, al abrazar la polarización, persigue la simplificación de los discursos con el objetivo de consolidar los votos en dos bloques. La meta es contar con un mayor número de votantes leales, lo que Brennan denominaría *hooligans*, a pesar de que los *lobbies* sigan siendo influyentes, ya que el voto en la actualidad es más voluble que hace algunas décadas²⁰. Más libre, pero también, en ocasiones, más caprichoso. Si la polarización es consecuencia de las élites políticas, la manifestación más evidente de esto se produce en el parlamento, una cámara que, aunque idealmente concebida para el intercambio de propuestas y la discusión razonada, suele albergar actualmente una simple votación en bloques polarizados. Cuanto más numerosos sean los grupos parlamentarios, mayor será la complejidad; sin embargo, salvo excepciones, lo que se persigue es el enfrentamiento denominado mediáticamente como “postureo” (para el público, ya que afortunadamente existe un funcionamiento diario menos agresivo). La ciudadanía es testigo de que los partidos

¹⁹ Cf. M. LUENGO, “Desde los «efectos» mediáticos hasta la influencia cultural: fundamentos analíticos para una interpretación simbólica de las noticias”, en *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura* 39 (2009) 113-129.

²⁰ Cf. J. BRENNAN, *Contra la democracia*, Bilbao, Deusto, 2018, p. 29.

políticos, en su quehacer diario, recurren, sofisticadamente, a cualquier argumento que difiera de aquel aportado por su contrincante ideológico.

Nuestro entorno parlamentario, el español, guarda notables similitudes con los entornos deportivos más apasionados, y esta probablemente no sea la menor de las razones que hoy fomentan una polarización en la opinión pública. Los ideólogos y propagandistas de los diversos partidos políticos delinean diariamente las posiciones que los ciudadanos, vistos como consumidores en el mercado político, deben adoptar o rechazar. Cortina, por ejemplo, ha caracterizado esta lamentable situación de la vida pública como la “edificación partidista de la realidad”. Aunque es una realidad triste, siempre está acompañada por un séquito de los mencionados *hooligans*, incluida buena parte de la prensa. Este fenómeno se evidencia a través de una simplificación de la oferta en el mercado, al quedar definidos los medios en bloques impermeables. Estos bloques son más partidistas que ideológicos. El problema radica en que este entorno propicia que la posverdad sea bastante común. Se trata de una posverdad *a la carta*, interpretativa, ya que el discurso predominante es que los mentirosos son los demás. Nuestras mentiras son estratégicas, mientras que las de los demás son verdaderas–mentiras–.

Los medios realizan algo similar cuando hay una sobredosis de sesgos. O, expresado de otra manera, los medios se desenvuelven cómodamente en este paisaje de prepotente verbalidad, en esas palabras transformadas en metralla. La incertidumbre radicaría en si los políticos, incluso por cambios estratégicos, optaran por debates argumentativos, dejando a los medios sin titulares atractivos y sin esos efectivos folletines para un amplio espectro de receptores. Nos encontramos más bien en un ciclo perpetuo y vicioso, donde el espectáculo está asegurado, siempre y cuando los asesores de los partidos desempeñen su papel de manera efectiva, especialmente en el ámbito mediático. El espejo y su reflejo, a veces cóncavo, como mencionaría Valle Inclán, se encuentra en esos medios tradicionales que suelen estar también marcados por sus sesgos, vinculados a una aparente ideología. En efecto, los medios también se auto-definen como de derechas o de izquierdas, ya que es una estrategia efectiva para atraer a su audiencia. El inconveniente adicional del agregacionismo es cuando este se radicaliza.

4. EL PODER DE LA POSVERDAD Y LOS PELIGROS DE LA MANIPULACIÓN EN EL EJERCICIO PERIODÍSTICO

Es en esa tarea donde encuentran su terreno los populistas, al fomentar la ruptura de los consensos alcanzados a lo largo de los años, abriendo paso a las intolerancias que se incrementan con la polarización de ese enfoque agregacionista de entender la política. Y son estos los que se están llevando el gato al agua; son quienes, sin ningún rubor, marcan estrategias mediáticas muy

efectistas, prometiendo, incluso, la garantía del pueblo frente a los representantes y una “regeneración” de la democracia²¹. He aquí los peligros de la pos-verdad y su lugar estratégico en la formación y configuración de la opinión pública: “los peligros propios del problema del régimen discursivo, de los efectos del poder propios del juego enunciativo”²². No es necesario pensar en Goebbels o en otros grandes profetas del valor irresistible de la propaganda; hay modos, más cotidianos y menos estridentes, de conducir unas masas al parecer propensas a curar la incertidumbre con cualquier tipo de radicalismo, que están sustituyendo las antiguas heroicas mitologías históricas.

En los últimos años, la dificultad para expresar opiniones desde una perspectiva ideológica ha aumentado, ya que el enunciante, el crítico, el intelectual se enfrenta a la posibilidad de ser etiquetado, cancelado o incluso considerado traidor al criticar a aquellos con opiniones similares. Eliminar el sentido de la libertad de expresión y del debate constructivo en una sociedad plural contribuye a la cristalización de la polarización, cuya táctica es realizar enmiendas a la totalidad de los contrincantes, sin argumentos. La consecuencia directa de este clima es una cristalización aún mayor de la polarización, un entorno donde los desacuerdos no se procesan deliberativamente, sino que se convierten en pruebas de traición, y donde el pluralismo democrático se desfigura en confrontación tribal²³. La democracia, entendida como gobierno por discusión, se ve así progresivamente desplazada por una política de adhesión emocional, espectáculo continuo y vigilancia mutua.

A esto se suma una realidad de las redes: el agregacionismo se ha fragmentado aún más en las burbujas insertas en la red. Cada vez es más común que las personas habiten en nichos conectados pero aislados, recibiendo opiniones dentro de su red. Si la base de la comunicación es entenderse desde diferentes perspectivas dentro de un interés común y pretensiones de validez, según Habermas²⁴, esto se dificulta en espacios donde no se escuchan opiniones diversas al grupo conectado. En estas burbujas prosperan bulos, hechos alternativos, teorías conspirativas y relatos políticos diseñados por algoritmos que acumulan datos. Obama ganó las elecciones utilizando las redes para llegar a quienes buscaban escuchar un discurso de esperanza. Lo mismo ocurrió con Trump, aunque con discursos muy diferentes, es decir, a través de mentiras emotivas que encuentran eco, entre otras razones, por la actual “monarquía

²¹ Cf. P. ROSANVALLON, *El siglo del populismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020.

²² Cf. M. FOUCAULT, *op. cit.*, p. 23.

²³ P. J. PÉREZ ZAFRILLA, “La paradoja aristotélica: cómo los discursos expresivos animalizan el debate público”, en *Isegoría*, 67 (2022), p. e03, doi:10.3989/isegoria.2022.67.03; del mismo, “El tribalismo digital, entre la furia y la farsa: pinchemos la burbuja de la polarización artificial en internet”, en *Opinião Pública*, 28, n. 1 (2022), 33-61.

²⁴ Cf. J. HABERMAS, *Facticidad y validez*.

del miedo”, según Nussbaum²⁵. El miedo vende, ya sea dentro o fuera de las redes. Parece, por lo tanto, que hay más posibilidades de compartir una noticia falsa que una verdadera, ya que los bulos inspiran *miedo, disgusto y sorpresa*, un cóctel perfecto para volverse viral. La búsqueda de seguridad en ámbitos más cerrados está en aumento, lo que contribuye al proceso de deconsolidación de las democracias liberales.

Esto nos une con el tercer modo de conformar de mayorías, el que tiene que ver con la manipulación de las emociones de los ciudadanos. Aunque esta forma ha existido siempre, el desarrollo contemporáneo de los medios de comunicación de masas, así como los avances en términos de neuropolítica y neuromarketing, amenazan con convertir las emociones en el modelo principal. No hay duda de que la emoción es un aspecto fundamental a la hora de percibir la política. No se trata simplemente de que triunfe la razón, como sucede en el final de la *Orestíada* de Esquilo; también la necesidad de la justicia requiere una respuesta emocional. Como señala Nussbaum, la actividad cognoscitiva va y debe ir acompañada de una respuesta emotiva²⁶. Las emociones no son ni mucho menos un elemento extraño y contrapuesto a la vida política, sino que, en ocasiones, constituyen el motor mismo de fenómenos como la lucha social por la justicia.

Así, el periodismo actual enfrenta diversos y serios desafíos que ponen en duda la ética de su profesión y la confiabilidad en la calidad informativa del ejercicio periodístico contemporáneo. Entre ellos, la práctica de informar con el propósito de desinformar, la manipulación, la pérdida de credibilidad, el distanciamiento del punto de vista veraz, la aproximación al relativismo, la deformación de la realidad, la falacia de la imparcialidad y la manipulación emocional. Chomsky confeccionó una lista de las *diez estrategias de manipulación* a través de los medios de comunicación masiva, que van desde la estrategia de la distracción, pasando por la estrategia de utilizar el aspecto emocional más que el reflexivo; y desde su gradualidad hasta mantener al público en la ignorancia y la mediocridad, reforzando su autoculpabilidad. Con esta lista, el lingüista norteamericano quería mostrar la manera en que se manipula a la tan renombrada “opinión pública”.

No hace falta llegar a pensar que todo esto se produce siempre, pero sí es cierto el peligro de que poderes reales, aunque invisibles, estén detrás de actitudes como estas. No es saludable adoptar una actitud obsesionada en busca de esos “responsables de todo” que han tenido diversos nombres a lo largo de los años: del demonio al “sistema”, de los mercados a la globalización. Poderes etéreos, sujetos elípticos, que mueven la cuna, o

²⁵ Cf. M. NUSSBAUM, *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*, Barcelona, Paidós, 2019, p. 29.

²⁶ Cf. M. NUSSBAUM, *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*, Madrid, Antonio Machado, 1995, p. 44.

que secuestran la política y los medios²⁷. Es más preciso afirmar que existen nombres y apellidos concretos, así como instituciones, que toman decisiones que nos afectan, aunque a menudo se desconozcan. En este panorama, la posverdad se mueve hábilmente, ya que los creadores de noticias falsas buscan llegar a la parte del cerebro donde predominan las emociones. Sin embargo, resulta más alarmante aquellos que subestiman el poder de la posverdad. Por ello, plantear al discurso la cuestión del poder quiere decir, en el fondo, preguntarle ¿a quién sirves?²⁸

Son múltiples los modos de manipular a partir de la fabricación de bulos, valiéndose de la gran competencia por la visibilidad (clics), o la técnica tan unida al ser del periodista, que no es otra cosa que la selección y simplificación, pero en este caso para crear verdades parciales. A partir de ahí, hay una concatenación de diversos modos de manejos, artimañas y técnicas psicológicas de persuasión.

En efecto, dentro del emotivismo, hay todo un complejo entramado de manipulación. Uno de sus modos se evidencia al simplificar, de forma maniquea, la complejidad. Asimismo, se puede manipular la historia a través de olvidos deliberados o manipular el contexto descontextualizando un hecho. Hasta, incluso, se pueden manipular los números, agrandándolos o empequeñeciéndolos; o, en todo caso, jugando con la estadística. Y, efectivamente, se pueden manipular los relatos, asociándolos con hechos como si fueran su “causa”, o, simplemente, presentar ficciones utilizadas como pruebas. A partir de ahí, la estructura de la construcción de un bulo es patente y clara: primero se inventa una historia con carga emotiva, se comparte en las redes, buscando “virilidad” (*boots*, etc.), para, seguidamente, ver el modo en que los medios convencionales se hacen eco (si hay espectáculo y polémica, la recepción no será difícil). A pesar de que posteriormente se pueda desmentir dicha noticia falsa (no veraz), esto suele hacerse con poca difusión, por lo que la mentira adquiere de alguna manera credibilidad, consolidándose, e, incluso, convirtiéndose en otra mentira. Este fenómeno ocurre porque las redes no generan solo una comunicación de pocos con muchos, sino de muchos con muchos, aunque la realidad es que la información llega a través de las ya descritas burbujas identitarias, y a través de una información personalizada (uno de los objetivos de los algoritmos) que busca el “sesgo de confirmación”, es decir, el receptor quiere oír lo que ya creía de antemano.

Todo ello proporciona el terreno propicio para el populismo, que prospera en un entorno dominado por audiencias fragmentadas y polarizadas que consumen desinformación. Esto, en realidad, implica el dominio de la exposición

²⁷ Cf. R. FEENSTRA, *Democracia. Historia de un secuestro*, Granada, Universidad de Granada, 2020.

²⁸ Cf. Michel FOUCAULT, *op. cit.*

selectiva, un fenómeno señalado por Lazarsfeld²⁹, donde la influencia de los medios de comunicación se combina con la proactividad de los ciudadanos para exponerse a mensajes y canales de medios más afines a sus opiniones, al tiempo que evitan aquellos que les resultan hostiles o disonantes.

De esta manera, se consuma la destrucción del espacio público al usurpar las tecnologías para lograr una *fanatización*, tal como bien describió Ionesco en *El rinoceronte*. Recordemos, de manera sucinta, la trama que gira en torno a una ciudadanía carente de razones vitales, representada como autómatas dispuestos a oscilar y, en última instancia, capaces de transformarse en monstruos de energía ciega si las condiciones sociales y políticas así lo requieren. Este terror del conformismo refleja una sociedad, según Ionesco, perpetuamente propensa al disparate patético. Los rinocerontes hoy viven en espacios virtuales cerrados, comunicados por dentro, pero incomunicados por fuera, lo cual en la hipótesis cumplida podrían incluso hacer, todavía más, añicos el núcleo y la dinámica de la esfera pública al fragmentarla.

La posverdad podría eventualmente evolucionar hacia lo que algunos han denominado como *Posdemocracia*³⁰ o *Europa en Pos-Europa*³¹. También existe la posibilidad de caer en la trampa de una sociedad del espectáculo³², donde la mentira se convierte en un elemento más de la verdad, y la verdad, a su vez, se convierte en un elemento de la mentira.

Naturalmente, es la cuarta y última forma –la deliberativa–, la que trata de articular mayorías como resultado de procesos comunicativos o deliberativos, la que tiene mayor interés para este trabajo, dado que es ella la que conduce a una profundización de la democracia. Ya no se trata de descubrir lo que *es*, sino de buscar lo que *debe ser* –en ese debe también está lo señalado por Aznar con respeto a las posibilidades de las redes–. Mediante la deliberación, las preferencias e intereses no se forman en privado, sino socialmente. Solo desde la deliberación será posible formar una voluntad común, al menos en las cuestiones de justicia fundamentales. La democracia deliberativa valora sobre todo el momento de las propuestas y el intercambio de argumentos; es un “método”, un camino, radical para transformar públicamente las diferencias, más que para agregarlas. Es decir, una alternativa concreta y saludable a los habituales debates políticos.

Las estrategias de polarización se ajustan bien a las comprensiones agregacionistas de la conformación de mayorías, pero no a las comprensiones deliberativas o comunicativas. El modelo agregacionista pasa por alto la capacidad de

²⁹ Cf. P. F. LAZARSFELD, B. BERELSON & H. GAUDET, *The people's choice*, New York, Sloan & Pearce, 1944.

³⁰ Cf. C. CROUCH, *Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004.

³¹ Cf. I. KRSTEV, *After Europe*, Philadelphia, Pa, University of Pennsylvania Press, 2019.

³² Cf. G. DEBORD, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pretextos, 2005.

la deliberación para transformar preferencias e intereses, es decir, no considera la “coacción sin coacciones” del mejor argumento, como expresó Habermas.

Ahora bien, una comprensión normativa y, a la vez, realista de la democracia no puede asumir, por supuesto, el triunfo del modelo deliberativo en todas las situaciones y esferas sociales. Es razonable pensar que también el modelo agregacionista debe cumplir un papel importante en determinados escenarios. En ocasiones, es necesaria la agregación para resolver de manera pragmática cuestiones de tipo político, al igual que las emociones, con las precauciones oportunas, han de cumplir un rol clave en la vida democrática.

Los diferentes modos de entender la formación de mayorías no deben ser identificados con entidades herméticas e incommunicables entre sí. Antes bien, todos ellos conviven en el *mundo de la vida*, pese a que en ciertas ocasiones algunos prevalezcan de manera injustificada sobre otros. Lo importante es que decidamos cuál de las diferentes estrategias conviene potenciar en cada situación. Si se opta por una sociedad en la que no existen proyectos comunes, en la que la posibilidad misma de llegar a acuerdos está excluida, entonces no podemos decir que haya un gobierno del pueblo, pues la realidad es que ni siquiera existe dicho pueblo; existe tan solo una masa de individuos que pueden funcionar mejor o peor.

5. VIRTUD Y FACTICIDAD DE LA DEMOCRACIA DELIBERATIVA

La democracia deliberativa se concibe como el paradigma más idóneo a la hora de responder a las críticas dirigidas hacia la regla de la mayoría como mecanismo predominante en la toma de decisiones en sociedades democráticas, evitando así menoscabar los derechos de las minorías. Pero este modelo no puede fructificar sino sobre el fundamento de ciudadanos hábiles en la participación activa en discusiones, enmarcadas en un ámbito político propicio para la deliberación, especialmente en asuntos de índole común que impactan a la totalidad de la sociedad.

Habría que recomponer la esfera pública fraccionada. Y, por lo menos, una porción de este espíritu deliberativo debería (sería deseable que fuera) ser incorporado en el quehacer de los partidos políticos, a fin de que la deliberación pueda significar un activo para vivir en una democracia más robusta y fecunda. En esta misma línea, los medios de comunicación, en sus dos vertientes, pueden ser notables propulsores de deliberación. Debería, por ende, convertirse en hábito en toda democracia que se precie un diálogo entre aquellos dispuestos a argumentar, y no meramente a repetir consignas partidistas, y también a dejarse convencer por los argumentos más racionales. El escrutinio de votos sin un auténtico diálogo previo no debería ser la norma, sino más bien la excepción. La democracia deliberativa es necesaria para dotar de contenido a la abstracta noción “gobierno del pueblo” en el marco de las democracias representativas.

Para llevar a cabo una deliberación y diálogo efectivos, según las coordenadas éticas de Cortina, se requiere un *ethos* deliberativo, es decir, un carácter dispuesto al diálogo. Hemos de preguntarnos cada vez más lo que puede contribuir a la cohesión y no descuidar las fuentes más sólidas e ilustres de la cultura democrática. Es decir, adoptar un papel semejante al de los coros en las tragedias griegas, y aún más para los medios de comunicación, implica intentar corregir las decisiones de los protagonistas con el propósito de prevenir la tragedia.

Los medios atraviesan un déficit ético, y también democrático, reflejo de la degradación de su función social. Ello ocurre, entre otros síntomas, porque están dejando de ser conscientes de su misión. El relativismo ha llevado a un punto sin retorno del que es necesario salir desde una recuperación del criterio. Incluso el periodismo más substancial ha experimentado transformaciones en ciertos aspectos. Tan es así que las reflexiones y manifiestos de otros tiempos han degenerado en repeticiones rituales; la rebelión, en un procedimiento; la crítica, en mera retórica, y la transgresión, en ceremonia.

Recordemos que hablar de “opinión pública” es cardinal a la hora de referirse a las democracias actuales (al futuro de estas). Una sociedad libre precisa de una esfera de opinión, autónoma con respecto al Estado, dispuesta a deliberar sobre los problemas comunes. Los medios de comunicación –es decir, la opinión publicada– se convierten en piezas fundamentales para la *formación* de la voluntad de los ciudadanos. La colaboración con la deliberación nos obliga a advertir el papel real de los medios como constructores de la opinión y voluntad pública. Porque la ausencia de preguntas activas en el seno de la colectividad –en un momento de profundas transformaciones dictadas por la evolución tecnológica–, junto con el escepticismo o la perplejidad ante los planteamientos de carácter público empobrece el debate inserto en los medios, pero también en el ámbito cultural amplio. Esto conlleva no solo resituar mejor la función y el sentido por el que surgieron los medios de comunicación, sino también reconocer y apreciar su valor: vehicular ideas, expandir cultura y ciencia, crear opinión, sentar criterio e informar de la realidad. No se trata, con ello, de volver a tiempos pasados que no atiendan a los cambios actuales; pero son dichos cambios los que deben de abrir nuevos retos, sin perder los principios (esos bienes internos que se han perfilado en el apartado de la ética). El periodismo en red no debiera perder de vista que *informar* es una manera de *formar* socialmente. ¿Esto es posible en sociedad-red? La necesidad de una educación mediática, podría ser una buena respuesta.

6. ACTUALIZAR A LOS GRIEGOS: *PAIDEÍA* MEDIÁTICA

La fuerte presencia de los medios en las sociedades contemporáneas exige cada vez más ciudadanos competentes para afrontar el hecho comunicativo. Para ello, se precisa una *paideía* mediática para una audiencia crítica,

que equivale a una ciudadanía activa y democrática en la pantalla global. La tarea consiste en reivindicar un modelo de ciudadanía que supere el analfabetismo mediático –la inmediatez y celeridad de la vida actual no tiene por qué acabar en un vacío de contenidos–, recobrando el concepto de autonomía, el reto de pensar por sí mismo³³.

¿Ayudan o entorpecen los medios de comunicación al desarrollo de los ciudadanos? La respuesta a esta interrogante ha de alejarse de maniqueísmos irreflexivos. El uso de las redes no implica necesariamente que el periodismo caiga en la banalidad. Del mismo modo, la imagen audiovisual no cumple por sí misma una función manipulativa o ideológica, a pesar de que pueda ser así en numerosos casos. En el debate entre tecnofílicos y tecnofóbicos se parte de una presunción incierta: que la tecnología sea determinante por sí misma y tenga entidad propia.

Las nuevas tecnologías de la comunicación no nos deshumanizan, sino que añaden nuevos desafíos a la humanidad. Si bien la tecnología digital ha impulsado el crecimiento económico y ha facilitado la conexión entre personas más allá de las fronteras, también ha propiciado la difusión de discursos antagónicos, e incluso del odio, así como la proliferación de noticias falsas. En el contexto de unos medios de comunicación cada vez más influyentes, existe una mayor necesidad de aprender hábitos y mecanismos cognitivos de filtrado y selección de mensajes. En todo caso, el sector audiovisual no solo actúa para dar al pueblo lo que pide, sino que busca aumentar los beneficios y asegurarse medidas políticas favorables³⁴.

Frente a las visiones dicotómicas de un sujeto totalmente soberano y otro totalmente manipulado, convendría reivindicar la idea de un sujeto capaz de desarrollar autonomía mediática. Apoyados en esta comprensión, se pueden hallar las ventajas de una sociedad mediática para proseguir la vieja idea de una razón pública racional, en la que cualquier ciudadano es un interlocutor válido y en la que idealmente vence la fuerza del mejor argumento. No es el momento de la debilitación del pensamiento, sino de seguir insistiendo en una cultura democrática. “La democracia debe de ser aprendida de nuevo por cada generación”, expresa Mounk³⁵. Y especialmente en esa *cultura-mundo*, que apuntan Lipovetsky y Serroy, que ha dejado atrás una época en la que la cultura era un sistema coherente que explicaba el mundo y que diferenciaba la cultura popular de la ilustrada³⁶. En la actualidad, esa cultura es inseparable de la industria comercial, como acontece con la sobreabundancia de

³³ Cf. V. GOZÁLVEZ, “Análisis ético-comparativo de los medios”, en J. CONILL y V. GOZÁLVEZ (coords.), *La ética de los medios*, Barcelona, Gedisa, 2004, pp. 187-231.

³⁴ Cf. J. CONILL, “Economía ética de los medios de comunicación”, en J. CONILL y V. GOZÁLVEZ (coords.), *op. cit.*, p. 139.

³⁵ Y. MOUNK, *El pueblo contra la democracia*, Barcelona, Paidós, 2018, p. 252.

³⁶ Cf. G. LIPOVETSKY y J. SERROY, *La cultura mundo: respuesta a una sociedad desorientada*, Barcelona, Anagrama, 2013.

información y de imágenes. Una *cultura-mundo* que vive contradicciones de una época hipermoderna que está desorientada, insegura y desestabilizada no de manera ocasional, sino de manera estructural y crónica.

Pero esto tampoco es del todo cierto, porque todavía hay certezas, como la necesidad de superar las desigualdades, cumplir el objetivo del milenio, parar el calentamiento global, hacer más realidad el cumplimiento de los derechos humanos, recuperar el valor de la verdad, y tantos etcéteras. De ahí la necesidad de la ética como orientadora, de una política entendida como actividad pública construida sobre la autonomía personal, respetuosa con la pluralidad y, por ello mismo, necesitada de una ética cívica, porque la dificultad de avanzar en esta ética compartida puede desembocar en un ballet de individualidades múltiples (grupales), a veces irreconciliables (polarización). Se trata de unos mínimos compartidos cuyo quicio es superar los límites y carencias de la modernidad, pero asumiendo los logros irrenunciables. Recuperar el espíritu, con sus debidos ajustes, de la socialdemocracia parece fundamental para contrarrestar el auge de los populismos nacidos a imagen y semejanza de la teología neoliberal, diseminados a través de los efectos de las falacias meticulosamente concebidas con objetivos electorales, que acentúan los instintos primarios. Es el momento de empoderar a la ciudadanía en el terreno mediático con el fin de reactivar a la sociedad civil en el seno de unas democracias deliberativas comprometidas con el desarrollo humano y con la configuración de un espacio público de calidad. Una educación mediática que ayude a destejer poco a poco la malla tóxica que predomina en la sociedad de la información o sociedad-red y que puede acabar devorando la democracia.

Como decía Lipman, el pensamiento crítico es un pensamiento capaz y responsable que facilite el juicio porque se basa en criterios, es autocorrectivo y sensible al contexto³⁷. La mejor herramienta para recuperar los debates en serio. Para ello, es clave la educación pedagógica, específicamente en la implementación de la Escuela 2.0, cuya finalidad puede resumirse en el dominio de los recursos mediáticos para fomentar la participación en la toma de decisiones y construir una *civitas* (la mera habilidad técnica carece de sustancia si no va acompañada de una educación orientada hacia la ciudadanía) en contraposición al deterioro del sentido de pertenencia ciudadana. En la actualidad, se hace referencia al concepto de Aprendizaje 4.0, que incluye el avance de la inteligencia artificial. Es crucial entender que las tecnologías no deben ser consideradas como meras herramientas de distracción. La educación no se limita únicamente al ámbito escolar o incluso a la interacción entre escuela y familia, ya que los medios de comunicación vuelven a cobrar relevancia al ser el medio de socialización más poderoso e influyente en la actualidad. La educación mediática abarca distintos niveles, algunos vinculados a la sociedad en general y otros al papel específico que desempeñan los medios de comunicación.

³⁷ Cf. M. LIPMAN, M. (1993), *Asombrándose ante el mundo*, Madrid, Ed. De la Torre, 1993, p. 58.

El propósito es prevenir la manipulación mediática, evitando depositar una confianza ciega en la tecnología; es necesario utilizarla como un medio en lugar de un fin en sí misma. Sin embargo, las instituciones y estructuras de la sociedad tecnológico-industrial restringen nuestras opciones y limitan nuestra libertad individual y grupal. Existe el riesgo de ser homogeneizados por un pensamiento único inducido por una retórica defectuosa. La clave radica en discernir la información más adecuada, sin importar los sesgos, en una sociedad hiperconectada que va más allá de la mera hipercomunicación.

El redescubrimiento del concepto griego de *paideía* a este respecto es clave. Según Jaeger, en su acreditado libro *Paideia*, en los griegos “se establece un ideal de cultura como principio formativo”³⁸. Todo pueblo que alcanza cierto desarrollo precisa Jaeger, necesita practicar formas concretas de educación. La *paideía* tiene un doble sentido: educación y formación. El fin entonces podría ser pensado en términos de una hermenéutica crítica, creativa y actuante que interprete de manera creativa, distanciada, brechtianamente, que tenga en cuenta las emociones y los valores en relación a los medios. Centrarse en el cultivo de la autonomía como base de una nueva ilustración y una reconsideración del uso público de la razón. Cabe constatar que empoderar a la ciudadanía en el terreno mediático tiene el fin de reactivar una sociedad civil en el seno de las democracias deliberativas comprometidas con el desarrollo humano³⁹. Un modo de entender la libertad como independencia, la protección de la privacidad y de la de otros.

CONCLUSIONES

Urge pensar, por tanto, en una sociedad civil dispuesta a participar en la esfera pública, dispuesta a dialogar *en serio*, esto es, que no se limite expresar opiniones, sino que también valore la escucha. Expresado parmenídeamente, cabría distinguir en la esfera pública entre la “vía de la opinión” y la posibilidad de una “vía de la verdad”. Si bien todos tienen derecho a su propia opinión, no todos tienen derecho a crear sus propios hechos. Parece, entonces, fundamental reiterar la necesidad de fomentar la “poliarquía” de empresas informativas para aumentar la capacidad de elección de la ciudadanía. La instauración de una verdadera poliarquía implica multiplicar los centros de poder, evitando concentraciones monopolistas. Son muy positivas las experiencias de periodismo alternativo (mecanismos como *InfoLibre*, *eldiario.es*, etc.), plataformas digitales de escrutinio colaborativo (*¿Qué hacen los diputados?*, etc.), y también las anti-bulos (*Maldita...*) que tratan de convertir en virales los desmentidos, para, ciertamente, combatir mentiras virales. Pero,

³⁸ W. JAEGER, *Paideia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 6.

³⁹ Cf. V. GOZÁLVEZ, *Educación para una ciudadanía mediática. Una mirada educativa*, Madrid, Dykinson, 2012.

asimismo, y, sobre todo, hay que demandar un periodismo profesional de calidad, un *buen* periodismo⁴⁰.

Ayudar a construir consumidores éticos pasa por que los medios cumplan su compromiso social por la deliberación crítica e informada. Para lograrlo, es necesario cambiar el enfoque predominante de la información como una mercancía y mantener su función de poder, pero orientada a fomentar la colaboración en la construcción de un imaginario deliberativo, en contraposición a uno polarizado y fragmentado. El desarrollo ético de los profesionales de la comunicación es de suma importancia, en cuya labor juegan un papel fundamental los códigos deontológicos⁴¹. Es imprescindible, a la vez, una ética de las organizaciones mediáticas y empresariales. Porque no se trata de que los profesionales sean vistos como salvadores de la democracia o defensores de las libertades públicas, especialmente cuando detrás de ellos hay inversores como banqueros y empresarios que buscan mejorar su imagen. Las organizaciones deben estar conformadas por sujetos morales⁴².

Sería saludable que, desde los medios informativos, se cambiara una tónica crítica a nuestro tiempo. Porque a pesar de los múltiples enemigos que han aparecido para la democracia, los medios que se precien debieran de buscar cierta estabilidad, cierto reconocimiento de valores conseguidos. Dentro de este guiso optimista, cabría añadir la defensa de la ilustración que hace Pinker⁴³. La verdad nunca es conformista; la posverdad, sí. La profesionalidad periodística, en el cumplimiento de sus metas, tendría que evitar dar eco a los bulos, porque son muchas veces los medios tradicionales los que los relanzan al darles una mayor

⁴⁰ Cf. A. GAITÁN, "La filosofía moral y la práctica profesional, un comentario crítico", en *Cuadernos de trabajo social* 30, n. 1 (2017), p. 120.

⁴¹ Cf. F. ARENAS DOLZ y A. L. TERRONES RODRÍGUEZ, A. L. (2022), "Ethos Living Lab: fortaleciendo la ética profesional a través de la innovación educativa", en Servei de Formació Permanent i Innovació Educativa (ed.), *VIII Jornada d'Innovació Educativa. La transferència en la innovació educativa: oportunitat per a generar aprenentatges i consolidar el currículum*, Valencia, Universitat de València, 2022, pp. 16-18; F. ARENAS DOLZ y C. GÓMEZ HERRERA, "Ética en la práctica profesional y educación superior: formación integral y transversalidad desde la filosofía", en Servei de Formació Permanent i Innovació Educativa (ed.), *IX Jornada d'Innovació Educativa. Estimulant aprenentatges mitjançant l'ús de la neuroeducació a les aules*, Valencia, Universitat de València, 2023, pp. 15-17; A. L. TERRONES RODRÍGUEZ, "Innovación educativa y ética de las profesiones: la experiencia del Ethos Living Lab como responsabilidad social de la universidad", en *Revista Iberoamericana de Educación Superior* 41 (2023) 196-207; F. ARENAS DOLZ y C. GÓMEZ HERRERA, "Ética, tecnologías emergentes y práctica profesional. Ethos Living Lab como herramienta de transformación docente", en Servei de Formació Permanent i Innovació Educativa (ed.), *X Jornada d'Innovació Educativa. Tecnologies emergents per a la transformació docent*, Valencia, Universitat de València, 2024, pp. 17-19; F. ARENAS DOLZ, "Ética en el desarrollo, despliegue y uso de la inteligencia artificial", en L. D RAMÍREZ FRANCO y A. SÁNCHEZ ANDRÉS (coord.), *Anuario de Política Económica 2024*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2025, pp. 125-136.

⁴² Cf. A. GAITÁN, *op. cit.*, p. 124.

⁴³ Cf. S. PINKER, *En defensa de la ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, Barcelona, Paidós, 2018, p. 50

resonancia más allá de las redes sociales. Se debe reforzar el periodismo profesional, porque la clave no es el medio, sino la necesidad de contar con profesionales bien preparados que se hagan responsables de sus noticias y opiniones.

Si los medios de comunicación se alejan de la función social que se les ha solido atribuir, surge la legítima preocupación de que, en el actual diseño democrático, el trato dado a determinadas libertades y derechos (opinión, información, prensa...) se vea comprometida la posibilidad de realización de ese papel social. El periodismo busca la verdad y se fundamenta en la verificación, pero también en la justicia. Esto último no es una ingenuidad, sino una exigencia. Porque no es de simple información de lo que se trata, sino de suscitar el interés por sociedades sujetas a una serie de problemas y esperanzas a los que periodismo les puede ofrecer un rostro. No obstante, la información es un mecanismo de autodefensa del ciudadano ante abusos y situaciones injustas. Recuperar el debate es recuperar el valor de la argumentación y la calidad de las decisiones. Eso conlleva revalorizar la información, cuyos objetivos son, como ya se ha dicho desde el principio, “contar la verdad” (noticias contratadas y verificadas) y argumentar la opinión, con el fin ayudar a aumentar la libertad de las personas, el requisito fundamental para una democracia que quiere ser deliberativa. Una petición que es más difícil de lanzar en el otro circuito, el de las redes sociales, porque no es nada fácil hablar de su regulación y, al mismo tiempo, vemos que la democracia es muy frágil cuando predominan los bulos y una propaganda política encaminada a la desinformación de la ciudadanía. Frente a esto solo queda acudir, aparte de esa profesionalidad, a una educación digital que precisa de un mayor espacio y transversalidad.

Enrique Herreras Maldonado
Departamento de Filosofía
Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació
Universitat de València
Avda. Blasco Ibáñez, nº 30
46010 València
enrique.herreras@uv.es

Carlota Gómez Herrera
Departamento de Filosofía
Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació
Universitat de València
Avda. Blasco Ibáñez, nº 30
46010 València
carlota.gomez@uv.es